

Una razón que ama: Lejeune

Nicolás Jouve de la Barreda, Catedrático Emérito de Genética y Presidente de CíViCa (Asociación miembro de la Federación europea One of Us)

Salamanca - 29 de octubre de 2016

68º Encuentros de Universitarios – *intelectuales de Dios*

Deseo agradecer la invitación de participar en estos sexagésimo octavos encuentros universitarios y el gran honor que lo es para mí de glosar la figura del médico y científico católico francés Jerome Lejeune, que impulsó todas sus acciones y practicó su actividad como médico en la correcta dirección, consecuente con el juramento hipocrático de «beneficiar a los enfermos, y abstenerse de cuanto llevara consigo perjuicio o afán de dañar».

Se trata de un tema muy sugestivo. Siempre es atractivo conocer cómo un eminente científico ejerce su profesión impulsada por una “razón que ama”... en el caso de Jerome Lejeune el amor a la vida, el amor a los enfermos, y la razón de un amor con mayúscula que le impulsa desde la convicción de que por encima de uno mismo hay una realidad que lo trasciende todo y que esa razón, que él abrazó, seguir a Cristo, era lo que daba sentido a su proceder y al modo de ejercer su profesión.

Cuando hablamos de científicos católicos tratamos de explicar un aspecto de su vida subjetivo, evidente e indudable para él y para miles de científicos a lo largo de la historia, que encuentran a dios en el día a día de su trabajo, aunque lamentablemente sea cada vez menos frecuente entre sus colegas en un momento de gran deshumanización y pérdida del sentido religioso.

El tema de glosar la perspectiva espiritual de Jerome Lejeune en su quehacer científico en un momento como el presente, es fácil en un foro como este, un encuentro de universitarios católicos. Pero no sería igual en un ambiente como el predominante en las sociedades modernas, donde la balanza entre el deseo de conocer la verdad sobre cuánto nos rodea y lo que afecta a la vida placentera y sin preocupación por lo trascendente, está tan inclinada a favor de lo segundo.

Algunas veces se ha dicho que la investigación es como una religión a la que muchos científicos e investigadores se entregan con una dedicación casi monástica. El problema es cuando aquello que va descubriendo el que ejerce la investigación científica colma de tal manera sus aspiraciones, que se desconecta de la idea de la trascendencia, y sigue un camino de endiosamiento personal, basado solo en el agasajo por el éxito de su trabajo.

Sin embargo, Jerome Lejeune, como muchos grandes científicos y pensadores a lo largo de la historia, entendió su trabajo como una respuesta a una serie de inquietudes interiores. Trató de ampliar el horizonte, desde lo inmediato, y perceptible de sus descubrimientos al sentido trascendente y misterioso de la vida humana y del mundo que nos rodea y, como otros

científicos católicos, conectó el atractivo y la satisfacción subjetiva de sus propios descubrimientos con una verdad que está por encima, que lo explica y lo invade todo.

Lejeune nos enseñó que los científicos no debemos cuestionar una explicación racional de aquello que la ciencia no alcanza a explicar. No hay porqué apartarse de lo que la tradición judío-cristiana, que algunos se empeñan en contraponer a los descubrimientos científicos.

Así lo vieron también otros grandes pensadores y científicos en distintas etapas de la historia de las ciencias hasta llegar a Lejeune. Merece la pena citar algunos de los más importantes, como: santa Hildegarda De Bingen (1098-1179); San Alberto Magno (1193-1206); Galileo Galilei (1564-1642); Nicolás Steno (1638-1686); Marie-Joseph Lagrange (1751-1835); Lazaro Spallanzani (1729-1799); Gregor Johan Mendel (1822-1884); Louis Pasteur (1822-1885); George Lemaître (1894-1966); Jean Guittou (1901-1999); Theodosius Dobzhansky (1900-1975); y, finalmente, dejando muchos otros ilustres científicos creyentes, el francés Jerome Lejeune (1926-1994).

Todos estos pilares de la ciencia, fueron capaces de conectar su trabajo con la obra de Dios en la naturaleza y reconocieron que habían descubierto algo que nadie sabía antes que ellos, pero que Dios sí conocía desde siempre, por ser su creador, como muy bien expresa otro gran científico contemporáneo, el Dr. Francis Collins, biólogo molecular y genetista, director del Proyecto Genoma Humano en su obra *“Cómo habla Dios”*, que fue agnóstico hasta los 27 años y descubrió la belleza de la vida y la obra de Dios a partir de sus trabajos de investigación.

Jerome Lejeune participaba de la idea de que la vida es un don de Dios y que todo ser humano debe ser tratado con la misma dignidad, con independencia de su condición física o su salud.

El profesor Jerome Lejeune reclamaba el amor como fruto de la razón y de la forma de ser del hombre en el mundo, y estaba convencido de la importancia de los beneficios que los avances de la ciencia pueden aportar a la vida humana. Por ello denunciaba una situación alarmante en nuestro tiempo al significar el:

«Estamos ante un dilema que es el siguiente: la técnica es acumulativa, la sabiduría no. Seremos cada vez más poderosos. O sea, más peligrosos. Desgraciadamente no seremos cada vez más sabios».

Y se preguntaba si:

«¿Posee nuestra generación la sabiduría suficiente para utilizar con prudencia una biología desnaturalizada?»

Algunos datos biográficos

Jerome Lejeune nació en Montrouge, cerca de París, en 1926. Cursó estudios de medicina y, desde 1952, trabajó en el consejo superior de investigaciones científicas (CNRS) francés, del que fue nombrado director en 1964.

Ya médico, se especializó en el tratamiento de los discapacitados mentales y con el beneplácito del dr. Raymond Turpin (1895-1988), director del grupo de investigación y con la colaboración de la pediatra Marthe Gautier decidió investigar las causas del síndrome de Down. En 1956, el profesor Lejeune había asistido a un congreso científico, donde el investigador sueco Albert Levan (1905-1998) había expuesto que el número de cromosomas que tiene el ser humano es de 46, en lugar de 48. Este descubrimiento se había hecho en Lund y en Zaragoza, donde trabajaba el investigador chino Joe Him Tjio (1919-2000), coautor junto a Albert Levan del verdadero número de cromosomas humanos. En 1959, reflexionando sobre el tema, a los 33 años de edad, Lejeune hizo una biopsia a uno de sus pacientes con síndrome de Down y descubrió que estas personas presentan tres ejemplares del cromosoma 21, en lugar de los dos de la dotación normal, lo que se llama trisomía. La publicación de este hallazgo causó un gran impacto. Por fin se desvelaba la causa del síndrome de Down. El propio Lejeune, también diagnosticó el primer caso del síndrome de cri du chat, debido a una deleción de una región del cromosoma 5. Por estos descubrimientos se le considera el “padre de la citogenética humana”.

Por sus investigaciones recibió las más altas distinciones que se otorgan en el campo de la genética, de la que se considera uno de sus modernos fundadores. En 1962 fue designado como experto en genética humana en la organización mundial de la salud (OMS), y recibió el prestigioso premio Kennedy. En 1964 se creó para él la primera cátedra de genética fundamental en la facultad de medicina de la Sorbona y al año siguiente fue nombrado jefe del servicio de la misma especialidad en el hospital Necker-Enfants Malades, de la capital francesa. Desde su nombramiento compaginó la enseñanza con la práctica clínica. Fue admitido en la academia de ciencias morales y políticas, en 1982, y al año siguiente, en la academia nacional de medicina de Francia. Era también miembro de academias extranjeras, como la de ciencias de Suecia, la norteamericana de humanidades y ciencias (Boston), o la real sociedad de medicina de Londres. Fue un firme candidato al premio Nóbel de medicina, que nunca recibió. Fue nombrado doctor honoris causa por las universidades de Düsseldorf y Navarra.

Sus principios morales a prueba

Jerome Lejeune no sólo tenía una altísima categoría como científico, sino que era una persona excepcional. Mientras que aumentaba su investigación él continuó estando siempre disponible para las familias, cuidando a los niños enfermos, y viajando por el mundo dando cientos de conferencias sobre genética.

Tras el descubrimiento de la causa del síndrome de Down, dedicó buena parte de su trabajo y esfuerzos a devolverle la dignidad a los niños que nacían con esta alteración genética,

lo que le llevó a enfrentarse con buena parte de la comunidad médica. Combatió la denominación de “mongolismo” de esta anomalía genética, por los tintes racistas que conlleva. Para Lejeune la dignidad la tienen por igual todas las personas, enfermos o sanos, orientales u occidentales. De modo que combatió y logró erradicar la despectiva denominación de mongólicos a los niños y adultos con síndrome de Down.

Lejeune era reconocido por todos, tanto por su fidelidad a la iglesia como por su excelencia como científico. En 1968 denunció las campañas para difundir los anticonceptivos, especialmente en las colonias francesas, advirtiendo contra los posibles efectos nocivos de esos productos: un aviso cuya oportunidad ha ido confirmándose después, pero que entonces casi nadie osaba hacer.

Hacia finales de los 60 y principios de los 70, y teniendo como origen la revolución sexual de mayo del 68, comenzó a avanzar por el mundo una corriente proabortista que salpicaba a numerosos estamentos de la sociedad, incluido el científico. En la década siguiente alzó su voz cuando se preparaba en Francia la legalización del aborto, aprobada en 1975.

Lejeune insistió en la defensa firme de los niños con síndrome de Down. Así como también de los no nacidos, a costa incluso de su posición como médico entre sus colegas por enfrentarse abiertamente a la práctica del aborto. Él era un hombre de firmes convicciones religiosas basadas en la razón y amparadas por la fe, lo que le llevó a enfrentarse a numerosas instituciones proabortistas, que en aquellos momentos ignoraban la realidad del ser humano naciente.

La postura que ya en los años setenta empezaba a extenderse entre muchos de sus colegas era abiertamente eugenésica... se dilataba la opinión de que la mejor forma de eliminar el síndrome de Down era eliminar al enfermo y el propio descubrimiento de la causa, la trisomía 21, se convirtió en la peor arma contra los principios éticos de Jerome Lejeune, ya que se desarrollaron técnicas como la amniocentesis que permitían detectar la alteración cromosómica durante el embarazo, lo que hoy llamamos un diagnóstico genético prenatal.

Como su hija clara ha señalado en la biografía de su padre, una de las mayores preocupaciones de él era poder curar a sus pequeños pacientes. En dicha biografía, nos dice clara que Jerome Lejeune era en primer lugar médico, y basaba su defensa de la vida principalmente en su profesión, no en su fe. Decía de su padre que opinaba que cuando eres médico has jurado el juramento hipocrático de no hacer daño. Por eso fue tan odiado por los partidarios del aborto. Era difícil luchar contra él porque sus argumentos eran de base científica. Lejeune siempre decía que el respeto a la vida no tenía nada que ver con la fe, aunque, por supuesto, está en la fe el respetar la vida.

Tuvo muchísimos seguidores a favor de la vida y en contra del aborto y faltó muy poco para que el gobierno francés, bajo la presidencia de Georges Pompidou (1911-1974) retirase el proyecto de ley del aborto, al que se oponía. Sin embargo, el fallecimiento de Pompidou en abril de 1974 dejó campo libre a quienes defendían el aborto en Francia y Lejeune no pudo contrarrestar la reforma legislativa a favor del aborto a pesar del apoyo de los 20.000 seguidores de la causa provida. Finalmente la ley Veil, la primera ley francesa del aborto, fue

aprobada en enero de 1975. El aborto se permitió inicialmente hasta la décima semana para extenderse después hasta la duodécima semana de embarazo.

Cuando comprobó que algunos de sus colegas en lugar de esforzarse por tratar a los niños con síndrome de Down proponían matarlos cuando todavía se encontraban en el seno materno, decidió dedicarse por completo a luchar por la dignidad de estos enfermos y por la defensa de la vida humana no nacida.

Ya en los años ochenta, Lejeune se pronunció públicamente en contra de la fecundación in vitro. Señaló, que con esta nueva tecnología se introducía una mentalidad materialista y productiva en la procreación.

En 1987, como miembro del comité gestor del hospital Notre-Dame-De-Bon-Secours, logró que en esa institución no se practicara la fecundación artificial.

En su defensa de la vida, además de sus conocimientos científicos se proyectada un mensaje de amor que siempre trató de transmitir a los padres de los niños afectados con el síndrome de Down. En una reciente entrevista de su esposa Birthe Lejeune, que nos visitó a principios de 2016 en madrid, decía lo siguiente:

«Mi esposo siempre intentó ayudar a las madres embarazadas de niños con síndrome de Down. Simplemente les decía: es tu hijo”...

Y recordaba como un padre reconoció ante Lejeune que durante años se había avergonzado de su hija que tenía trisomía 21, pero que algo le hizo cambiar su visión.

«Este señor le dijo a Jerome que por mucho tiempo no había aceptado la enfermedad de su hija... que no la quería. Pero tras la muerte de su esposa, él había sido consciente del grandísimo amor que esta niña regalaba a todos, también a él todos los días. ‘ahora ella es toda mi vida, no sé qué haría sin mi hija’, decía el padre».

La señora Lejeune, añade que:

“La grandísima mayoría de los padres de niños con síndrome de Down aman enormemente a sus hijos”.

Hago énfasis en estas frases por el dominio en ellas de la palabra amor, que puede decirse constituyó el leitmotiv de Jerome Lejeune para con sus enfermos.

La cara amarga de la vida de Lejeune

En 1971, Jerome Lejeune protagonizó un hecho que lamentablemente se volvió contra él. Pronunció un discurso en san francisco, en la sede del National Institute Of Health, en el que a propósito de la utilización de su descubrimiento para diagnosticar el síndrome de Down durante el embarazo como modo de librarse de estos niños mediante un aborto, dijo:

«Ustedes están transformando su instituto de salud en un instituto de muerte».

Con referencia a este discurso, pocos días después escribió lo siguiente en su diario:

«Proteger a los desheredados, que idea tan reaccionaria, retrógrada, integrista e inhumana. Lo he visto perfectamente en san francisco donde después de mi intervención sobre la naturaleza de los hombres, durante el Williams Hallen Memorial World la muchedumbre se abrió silenciosa delante de mí, dejándome libre el paso sin una palabra o un apretón de manos. Sé perfectamente, y lo sabía desde hace mucho tiempo que el mundo científico no me perdonaría este despropósito. Ser bastante anticonformista para creer todavía la moral cristiana y para ver como concuerda plenamente con la genética moderna era demasiado. Si los cromosomas me daban una cierta oportunidad para el premio nobel yo ya sabía que la estaba estrangulando al lanzar esta advertencia»

y le escribió una carta a su esposa en la que le decía:

«Hoy perdí mi premio nobel».

Su decidido rechazo del aborto provocó que los mismos que un día lo habían premiado por sus descubrimientos le dieran la espalda. Le fue retirado todo apoyo económico de la administración francesa y por supuesto el premio nobel, para el que llegó a estar propuesto. Fue acusado de querer imponer su fe católica en el ámbito de la ciencia. No faltaron miembros de la iglesia que lo rechazaron. De repente se convirtió en una persona incómoda. Un hombre vetado en algunos ambientes, en los que se procuraba aislarle y silenciarle.

Como dice de él el demógrafo luterano Pierre Chaunu, miembro como él del instituto de Francia, en una sentida semblanza de homenaje al día siguiente de fallecer Lejeune (le figaro, 4-iv-94),

«Más impresionantes y más honrosos aún que los títulos que recibió, son aquellos de los que fue privado en castigo a su rechazo de los horrores contemporáneos».

También decía Chaunu de Lejeune que:

«No podía soportar la matanza de los inocentes; el aborto le causaba horror. Creía (...), antes incluso de tener la prueba irrefutable, que un embrión humano es ya un hombre, y que su eliminación es un homicidio; que esta libertad que se toma el fuerte sobre el débil amenaza la supervivencia de la especie y, lo que es más grave aún, de su alma».

"Era un sabio inmenso, más aún... Un médico, un médico cristiano y un santo".

Veamos ahora, las verdades científicas que con tanto ahínco defendió Jerome Lejeune frente a muchos de sus colegas, en su mensaje de conciliación del amor a la vida basado en la doble y perfectamente compatible perspectiva de la razón y la fe.

La vida empieza tras la fecundación

Lejeune empleó su saber y su prestigio para difundir la verdad comprobada por la ciencia: la vida de cada ser humano comienza en el instante de la concepción.

Cuando Lejeune hizo su descubrimiento principal, la trisomía 21 como causa del síndrome de Down, habían transcurrido cerca de setenta años de la muerte de Gregorio Mendel (1822-1884), descubridor de las leyes de la herencia, y 5 del descubrimiento de la estructura del ADN.

Para entender cómo defendía Lejeune la vida humana desde su inicio, conviene recordar algo que él conocía muy bien, cómo es la “molécula de la vida”, por ser la que encierra la información de los genes y por tanto la clave para entender cuando se produce el inicio de la vida de un nuevo ser humano.

La estructura del ADN se compone de dos filamentos enrollados uno alrededor del otro formando una “doble hélice”, lo que asemeja a una escalera de caracol. Cada uno de los dos elementos laterales, es un polímero compuesto por la sucesión de unas unidades básicas, que se denominan nucleótidos. Cada nucleótido es en realidad un complejo formado por tres moléculas de las que dos son los elementos externos que mantienen unida la molécula y la tercera se proyecta hacia el interior para formar cada escalón de la doble hélice. Los dos componentes laterales, son una molécula de azúcar (desoxiribosa) y una molécula de ácido fosfórico. De ellos se proyecta hacia el interior de la molécula, de forma perpendicular al filamento en cada escalón de la doble hélice, el tercer componente, una base nucleotídica, de las que existen 4 variantes: adenina, guanina, timina y citosina.

Pues bien la información de los genes está determinada por la sucesión de estas bases... en el ADN del genoma humano hay 3.175.000.000 de pares de bases (3.175 mb) repartidos en 23 piezas, que son los cromosomas, y se estima que nuestro genoma posee unos 21.000 genes.

La peculiaridad de la estructura del ADN es que responde a lo que se espera sean sus características moleculares para atender a las propiedades: llevar información, expresarla, replicarse y explicar las mutaciones.

Cada persona se constituye a partir de la información que aportan los 21.000 genes maternos y los 21.000 paternos, aportados por cada gameto en la fecundación.

El ADN contiene las instrucciones genéticas para el desarrollo y el funcionamiento de todos los organismos vivos conocidos. Es el portador y transmisor entre generaciones de la información genética. No es pues extraño que el ADN se compare frecuentemente con un manual de instrucciones que contienen las órdenes para construir todos los componentes y estructuras de las células, tejidos, órganos y sistemas de un ser humano. La información necesaria está escrita en el código de cuatro letras del ADN y la identidad de cada ser humano se constituye en el momento de la fecundación.

Lejeune, para explicar la trascendencia del ADN como responsable del desarrollo de un ser humano utilizaba el siguiente símil musical:

«Hoy sabemos que la vida es muy parecida a lo que sucede con una cinta magnética en la que se ha grabado música. En la cinta misma no hay notas. En la grabadora no hay músicos ni instrumentos. No obstante, en razón de que la información ha sido codificada en el momento en que era recibida por un micrófono y luego transmitida a la cinta, el magnetofón puede leer dicha

información, dar impulso a los altavoces, y así, lo que se reproduce no son los músicos ni las notas de la partituras; lo que se transmite, si usted está escuchando 'la pequeña serenata', es el genio de Mozart. Exactamente de la misma manera se ejecuta la sinfonía de la vida. Está escrita mediante un código muy especial en la molécula de ADN... Si la información que está en la grabadora -esa primera célula- es información humana, entonces este ser es un ser humano. Sabemos que inicialmente hay un mensaje y este mensaje se deletrea al estilo humano.... El mensaje genético es vital y su manifestación es vida. Aún más brevemente diría, fuera de toda discusión, que si el mensaje es un mensaje humano, el ser es un ser humano»

En otro de sus comunicados lo explica de la siguiente manera:

«La vida comienza en el momento en que toda la información necesaria y suficiente se encuentra reunida para definir un nuevo ser. Comienza, por tanto, exactamente en el momento en el que toda la información aportada por el espermatozoide se une a la aportada por el óvulo. Desde la penetración del espermatozoide se encuentra constituida una realidad nueva. No es un hombre teórico, sino que es ya quien más tarde llamaremos Pedro, Pablo o Magdalena»

Y en otro lugar decía:

«Cada uno de nosotros tiene un momento preciso en que comenzamos. Es el momento en que toda la necesaria y suficiente información genética es recogida dentro de una célula, el huevo fertilizado y este momento es el momento de la fertilización. Sabemos que esta información está escrita en un tipo de cinta a la que llamamos ADN... La vida está escrita en un lenguaje fantásticamente miniaturizado».

Ahora, 22 años después de la muerte de Lejeune no hablamos de cintas magnetofónicas, pero el símil de la sinfonía de la vida sigue siendo válido. En cierto modo Lejeune se adelantó a su tiempo, pues hoy la nueva rama de la genética del desarrollo ha demostrado cómo el desarrollo embrionario de una nueva vida se debe a la información de los genes, que desde la fecundación dirigen la construcción del nuevo ser humano. Todo el desarrollo es un proceso regulado genéticamente y la fecundación es el big-bang de la vida.

Lejeune, con sentido de la realidad explicó siempre con claridad y rigor lo esencial de la reproducción humana. De este modo decía:

«Los hijos están unidos permanentemente a sus padres mediante un vínculo material, la larga molécula de ADN, en la que está inscrita, en un lenguaje en miniatura invariable, toda la información genética. En la cabeza de un espermatozoide hay un metro de ADN dividido en 23 fragmentos [...] Tan pronto como los 23 cromosomas del padre aportados por el espermatozoide se unen con los 23 de la madre aportados por el óvulo, queda reunida toda la información necesaria y suficiente para determinar la constitución genética del nuevo ser humano.»

En 1973, Lejeune escribió:

«La genética moderna se resume en un credo elemental que es éste: en el principio hay un mensaje, este mensaje está en la vida y este mensaje es la vida». Este credo, verdadera paráfrasis del inicio de un viejo libro que todos ustedes conocen bien, es también el credo del médico genetista más materialista que pueda existir. ¿por qué? Porque sabemos con certeza que toda la

información que definirá a un individuo... está escritas en la primera célula. Y lo sabemos con una certeza que va más allá de toda duda razonable, porque si esta información no estuviera ya completa desde el principio, no podría tener lugar; porque ningún tipo de información entra en un huevo después de su fecundación».

Lejeune estaba persuadido de que si la sociedad conociera y asumiera realmente estos conocimientos, no aceptaría el aborto. Nunca se cansó de explicar que:

«La vida tiene una historia muy, muy larga. Ha sido transmitida desde hace milenios en el género humano. Pero cada uno de nosotros tiene un momento de iniciación preciso, que es aquel en el cual toda la información genética, necesaria y suficiente, se reúne dentro de una célula- el óvulo fecundado-, y este momento es cuando acontece la fecundación. No existe la más mínima duda sobre esto»

En otras palabras, Lejeune atribuía la condición de ser humano y por tanto el reconocimiento de su dignidad y volcaba su amor y defendía con denodada insistencia al ser generado desde el instante en que se constituye la identidad genética. Ahí empieza la vida humana, y en consecuencia sostenía que no somos libres para decidir tal o cual cosa sobre un embrión o un feto, ya que éste es verdadera e íntegramente un ser humano en las primeras etapas de la vida.

Su pasión por la defensa de la vida

A pesar de todos los sinsabores, Jerome Lejeune mantuvo siempre una posición de amor a la vida de los niños con síndrome de Down. Estos niños eran ocultados por sus familias, especialmente en Francia. Él quiso devolver la humanidad y el orgullo de estos niños a sus padres diciéndoles que estaba en su código genético y que no venía de familia ni de un mal comportamiento, como se trataba de divulgar.

En 1974 fue nombrado experto de la pontificia academia de las ciencias por el papa pablo vi. Desde entonces prestó asesoramiento a la santa sede en temas de su especialidad, a través de este organismo y del consejo para la pastoral de los agentes sanitarios.

También fue llamado a participar como experto en algún sínodo de los obispos.

A la muerte de pablo vi en 1978, le quiso conocer su sucesor, san juan pablo ii, con el que se forjó una gran amistad. El papa diría que lo que más admiraba de Jerome Lejeune era que se trataba de un hombre de “fe científica”.

«Fue un gran cristiano del siglo XX, un hombre para quien la defensa de la vida se convirtió en un apostolado».

Jerome Lejeune visitó y conversó muchas veces con San Juan Pablo II. De hecho, el mismo día que Juan Pablo II sufriera el atentado que casi lo mata en la plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981, había estado almorzando con el matrimonio Lejeune para conocer la opinión del doctor sobre asuntos de genética y ética.

Por su decidida defensa de la vida desde la perspectiva de la ética en la medicina, fue uno de los principales asesores consultados por el Vaticano para elaborar la instrucción *Donum vitae* sobre cuestiones de bioética, publicada en 1987.

En enero de 1994 Juan Pablo II le nombró primer presidente de la Academia Pontificia por la Vida, pero dos meses después del nombramiento, el domingo de Pascua, 3 abril de 1994, falleció en París a causa de un cáncer de pulmón a la edad de 67 años. Estaba casado, tenía cinco hijos y 28 nietos.

Jérôme Lejeune fue todo un ejemplo de difusor de la "cultura de la vida" a la que tantas veces hacía referencia San Juan Pablo II. Él tenía una profunda conciencia de la irreductible dignidad de cada ser humano. Los filósofos personalistas hablan del valor incommunicable y la irreductible dignidad de cada ser humano. Jérôme Lejeune era profundamente consciente de esta dignidad, trabajó para protegerla y contribuyó enormemente con su testimonio vital y sus investigaciones a la mejora de calidad de vida de las personas con síndrome de Down. Su sueño era poder curar esta patología, y para ello, creó una fundación que hoy lleva su nombre y que se dedica a investigar y combatir las enfermedades de la inteligencia de origen genético y a desarrollar programas para ayudar a los enfermos con este tipo de dolencias de origen genético.

Su compromiso de amor a los niños con síndrome de Down y en defensa de la vida humana se traducía en "*laissez-les vivre*", la primera asociación provida francesa, de la que fue consejero científico y uno de los promotores. También fue presidente de "*Secours aux futures mères*", otra organización dedicada a ayudar a las madres embarazadas que se encuentran en situaciones difíciles.

Durante la jornada mundial de la juventud en París en 1997, Karol Wojtyła quiso visitar la tumba de Lejeune en el cementerio de Chalô Saint Mars. Este gesto irritó mucho a los que querían relegar al olvido la figura del médico francés. A pesar de que le aconsejaron que no lo hiciera, San Juan Pablo II fue al cementerio y rezó en la tumba de su amigo el profesor Lejeune.

El 25 de febrero de 2007 se abrió en París el proceso de beatificación de este científico. Juan Pablo II, escribió una carta al Cardenal de París, Mons. Lustiger en la que entre otras cosas decía lo siguiente:

«En su condición de científico y biólogo era un apasionado de la vida. Llegó a ser el más grande defensor de la vida, especialmente de la vida de los por nacer, tan amenazada en la sociedad contemporánea, de modo que se puede pensar en que es una amenaza programada. Lejeune asumió plenamente la particular responsabilidad del científico, dispuesto a ser signo de contradicción, sin hacer caso a las presiones de la sociedad permisiva y al ostracismo del que era víctima... supo siempre hacer uso de su profundo conocimiento de la vida y de sus secretos en favor del verdadero bien del hombre y de la humanidad»

Como reza en la oración que acompañó la petición de su causa de beatificación:

«Él supo poner su penetrante inteligencia y su fe profunda al servicio de la defensa de la vida humana, especialmente de la vida en gestación, en el incansable empeño de cuidarla y sanarla.

Testigo apasionado de la verdad y de la caridad, supo reconciliar, ante los ojos del mundo contemporáneo, la fe y la razón».

La defensa de la vida. Una razón que ama

La defensa de Lejeune del ser humano desde la concepción se basó siempre en argumentos científicos, antes que en cualquier consideración religiosa, pero en todo momento sostuvo la compatibilidad de una realidad sostenida por la ciencia con la certeza del valor especial del ser humano por haber sido creado a imagen y semejanza de dios. Prefirió mantenerse en gracia ante la verdad y ante dios, y como buen cristiano tenía claro que:

«Matar a un niño por estar enfermo es un asesinato».

En la televisión francesa protagonizó numerosos debates frente a quienes propugnaban el aborto en los casos de detección del síndrome de Down. En uno de estos debates, en el que fue acusado de fundamentalista e integrista cristiano se pronunció de la siguiente manera:

«Nosotros somos médicos. Yo no hablo desde un púlpito. Yo hablo de niños de carne y hueso y yo no los quiero matar porque son enfermos»

Él no podía admitir que un médico practicase un aborto. Era consciente de que tal médico estaría traicionando la propia naturaleza de la medicina. La diferencia crucial con los colegas proabortistas es que él se negó a tolerar cualquier acción u omisión que destruyera el precioso don de la vida. Rechazó científicamente no sólo el crimen abominable del aborto, sino conceptos ideológicos como el de “pre-embrión”. Por esas razones lo aislaron, lo acusaron de integrismo y fundamentalismo y de intentar imponer su fe católica en el ámbito de la ciencia. Los testigos de su muerte dicen que antes de morir dijo que nunca había traicionado su fe

«Je n ' ai jamais trahi ma foi».

Lejeune, al igual que otros muchos científicos, estaba convencido con certeza científica de que desde el principio de la fecundación existe el mensaje genético cuya manifestación es vida. Y que, fuera de toda discusión, si el mensaje es un mensaje humano, el embrión es un ser humano cualquiera que sea la etapa de su desarrollo, y que como tal debe ser tratado.

En agosto de 1989 como genetista bien conocido, le llamaron a los estados unidos para atestiguar ante el tribunal en el caso Davis vs. Davis, en Maryville en el estado de Tennessee. Se trataba del destino de unos embriones congelados de un matrimonio que se había separado. La madre quería que se conservaran en congelación y se donaran a mujeres que no pudieran tener hijos. El padre quería que se destruyeran.

El juez Jay Christenberry, que había de decidir sobre el caso, había oído hablar de Lejeune y le pidió testificara.

Al ser llamado y conocer el caso Lejeune dijo:

«Parece increíble... es el juicio de Salomón. Yo no creía que se pudiera reproducir la historia».

El juez se entrevistó con Jerome Lejeune y antes del juicio le preguntó directamente si era católico, a lo que Lejeune contestó que sí.... Entonces el juez le dijo:

«De acuerdo señor, entonces usted va a ser mi testigo estrella»

Durante el juicio, Lejeune explicó con fundamentos científicos el por qué un embrión es un ser humano y desmontó la falacia de los llamados “pre-embryones”... de los que dijo que eran embriones y que daba igual que tuvieran 4 o 4.000 millones de células. Se trata de seres humanos.

En un momento del juicio, cuando el abogado de la parte contraria le mostró un huevo de gallina y le preguntó si creía que era un pollito, Lejeune le contestó que había que hacer un examen más profundo, pero que si estuviera fecundado podía afirmarse que sí, que era un pollito.

Su testificación sobre la no destrucción de aquellos embriones, basado en su conocimiento científico y su convicción de la dignidad humana de toda vida, desde la concepción, fue decisiva... el juez decidió que no fueran destruidos, sino confiados a la custodia de la madre.

Previo al juicio, en una entrevista en el hotel donde se alojaba Lejeune, el juez le hizo la siguiente pregunta:

«¿A quién sirve usted? »

A lo que Lejeune le contestó:

«Yo sirvo a mi rey»

En la recién estrenada película biográfica sobre Lejeune, el juez Christenberry aun recuerda la respuesta de aquél médico, y con emoción dice que evidentemente el rey a quien servía Lejeune era Jesucristo. Este juez, impresionado por Lejeune dice de él que

«Era un ser excepcional, como no se conoce otro igual. Este hombre tenía un don, era como 1 entre 10.000. Era un apóstol que servía a su rey. Era como un discípulo de Jesucristo»

El testimonio de Maryville no fue su única intervención como experto ante un tribunal en defensa de la humanidad de los no nacidos, hubo otros parecidos.

Lejeune también se hizo oír en los parlamentos. En 1981 declaró ante un subcomité del senado norteamericano que examinaba una enmienda presentada a la ley del aborto, y años más tarde, habló ante una comisión del parlamento británico cuando en aquel país se discutía si se podía permitir los experimentos con embriones de menos de catorce días.

Su amor a la vida le puso continuamente en el foco de todos los debates sobre el valor de la vida humana, con frecuencia recordó lo que ocurría en esparta:

«Esparta era la única ciudad griega en la que se eliminaban los recién nacidos que creían sería incapaces de portar armas o engendrar futuros soldados. Fue la única civilización griega que

practicó este tipo de eugenesia, esta eliminación sistémica. Y no queda nada de élla; no nos ha dejado a un solo poeta, ni un músico, ni una ruina! Esparta es la única ciudad griega que no ha contribuido en nada a la humanidad»-

«Los enemigos de la vida saben que para destruir la civilización cristiana, primero hay que destruir la familia empezando por su punto más débil: el niño. Y entre los más débiles, debe elegir el menos protegido de todos, el niño que nunca se ha visto, el niño que aún no es conocido o amado en el sentido habitual de la palabra; que no ha visto aun la luz del día; que no puede siquiera gritar en señal de socorro».

Él expresó en sus escritos siete principios que deben formar nuestra contribución a la protección de la vida humana. Son los siguientes:

- 1. Si eres cristiano, no tengas miedo, tienes la verdad de tu lado. Esto no es su logro, es su regalo. Ante una enfermedad, no se debe matar al paciente. Cada paciente es precioso.*
- 2. Los seres humanos son creados a imagen de Dios. Esta es la razón de la dignidad humana.*
- 3. El aborto y el infanticidio, según la enseñanza de la iglesia, son crímenes abominables.*
- 4. La moral es algo objetivo. Es universal. Esta es la naturaleza de la fe católica.*
- 5. La vida del niño es inviolable y la naturaleza del matrimonio es su indisolubilidad.*
- 6. La naturaleza del cuarto mandamiento, honrar a tus padres, madre y padre, descarta la clonación o cualquier otro modo de producir vida no basada en el respeto de este mandamiento.*
- 7. La identidad genética del ser humano es un regalo y es inviolable. Los cristianos no deben permanecer en silencio en las sociedades pluralistas. Más bien es su deber democrático proclamar lo que saben.*

Jerome Lejeune tenía siempre presentes las siguientes palabras de la 1ª carta de San Juan¹, que ocupaban un espacio en su laboratorio:

«Os he escrito, no porque desconozcáis la verdad, sino porque la conocéis y porque ninguna mentira viene de la verdad.

¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Ese es el anticristo, el que niega al padre y al hijo.

Os he escrito esto respecto a los que tratan de engañaros.

Y en cuanto a vosotros, la unción que de Él habéis recibido permanece en vosotros y no necesitáis que nadie os enseñe. Pero como su unción os enseña acerca de todas las cosas - y es verdadera y no mentirosa - según os enseñó, permaneced en él».

Finalmente, me gustaría resaltar el hecho de que el amor a los pequeños enfermos que derrochaba Lejeune, era un amor cristiano, basado en el amor de Dios por todas las criaturas.

¹ Jn 2:20,27 (Biblia de Jerusalén)

En una de sus múltiples conferencias, al final de la película biográfica, Lejeune decía lo siguiente:

«Los que tenemos esta profesión qué tenemos que hacer para saber qué se debe hacer y qué debe ser rechazado. Necesitamos una referencia y tal vez una referencia mucho más fuerte que la ley natural... y esta referencia es muy sencilla... la conocéis todos. Mejor dicho es una frase, pero una frase que lo juzga todo y lo explica todo, que lo contiene todo... y esta frase es: "lo que hagáis al más pequeño de los míos es a mí a quien se lo hacéis"».

Como les he dicho ya en junio de 2007 se inició su causa de beatificación. El proceso diocesano se cerró en abril de 2012 en la catedral de Notre Dame de París y ahora se espera un milagro obrado por su intercesión.

Espero que después de todo lo dicho y lo mucho y bueno que nos ha dejado Jerome Lejeune, no nos debe quedar ninguna duda de que el mejor argumento, la principal arma intelectual para amar la vida y defenderla como él lo hizo, es la razón. Una razón que ama, y una razón que se basa en la verdad de la ciencia y en la verdad revelada, y la verdad no puede contradecir la verdad.

Muchas gracias por su atención.

Nicolás Jouve. Salamanca, 29 de octubre de 2016